

no presenta ni idea nueva, ni medios razonados, ni persona digna de respeto, va á consueiros en provecho de los extraños, si por un vértigo inconcebible os dejais arrastrar al abismo á que os precipita.

¡MICHOCANOS! Es un hombre de bien quien os habla. Obscuro, es cierto; pero immaculado: sin ciencia; pero sensible y sincero: sin conocimientos; pero con instintos puros: sin prestigio; pero con amor ardiente por la patria. ¡Creedme! Sean cuales fueren los males que en el orden legal resentimos, peores sin comparación son los que vendrán de la guerra civil. Con aquél podemos aún convalecer de ellos; con ésta nos perdemos sin remedio! ¡Si mi sangre fuera preciosa la ofrecería en expiación al cielo, pero humilde como es, yo la derramaré gustoso por sostener nuestras instituciones y nuestro estado actual, como menos malo que cualquiera otro que fuese establecido por las armas! (1)

(1) Este manifiesto fué dado á la publicidad como á fines de Octubre de 1852. (Nota de A. P.)

DISCURSO

Pronunciado el 16 de Septiembre de 1852. *

SEÑORES! Mientras que la organización del hombre se conserve, como hoy nos la muestra su naturaleza, habrá en la especie

(*) Este discurso fué publicado en volumen en cuarto y se lee en su portada: "Discurso pronunciado por el Exmo. Sr. D. Melchor Ocampo en la mañana del 16 de Setiembre de 1852. Impreso por disposición de la junta patriótica. Morelia: Tipografía de Octaviano Ortiz. Plazuela de las Animas número 2."

En la hoja siguiente á la portada está el retrato del autor. Aparece en la tribuna con la mano izquierda enguantada puesta sobre la barandilla, la derecha en alto, asiendo unos papeles. Tiene el orador chaleco blanco muy escotado, frac y ancha corbata negra de lazo; su cabeza es hermosa, su frente despejada, su cabellera larga echada atrás cubre casi con amplia honda espesa el pabellón de las orejas.

Abajo del retrato hay un facsímile de su nombre y rúbrica.

Nos dice el Sr. Lic. Don Eduardo Ruiz que el retrato es hechura del litógrafo Sr. Vála, que fué admirador incondicional del Sr. Ocampo. (Nota de A. P.)

humana un gran número de individuos que estén no necesaria, pero sí fatalmente sujetos á otros. Es naturalmente indeclinable la dependencia y sujeción del débil al fuerte, del ignorante al sabio, del desvalido al poderoso. Pero es socialmente posible la emancipación de todas estas sujeciones. La higiene y la ortopedia pueden fortificar ó corregir una organización débil y anormal, ó cuando menos la gimnástica puede enseñar al desgraciado que bajo aquella gime, los ejercicios de armas y otros que compensen su natural debilidad. El estudio ya sobre la naturaleza, ya sobre los libros, ya sobre los procedimientos industriales, puede procurar el grado de instrucción que cada uno necesite para desempeñar por sí solo su papel en el mundo. El trabajo y la economía pueden dar á cada uno aquel grado de riqueza que en su esfera baste á satisfacer sus necesidades reales y fantásticas.

Sucede lo mismo con las naciones. La España de 1521 era más hábil, más fuerte, más poderosa que el carcomido imperio de Motezuma, y cuando la providencia puso en contacto estos dos pueblos, el uno quedó naturalmente sujeto al otro. Pero esa misma vieja España ya no conservaba su prepotencia trescientos años más tarde, y la Nueva España, después de tres siglos de instruirse y fortificarse, pudo manumitirse del tutor que la oprimía y vivir libre y señora de sí

misma, admitida en la familia de las demás naciones.

Hay cierto grado, hay un cierto género de dependencia que nos degrada, y es aquel en que no podemos vivir sin el auxilio ajeno: es aquel en que ni nuestros negocios, ni el uso de nuestras facultades, ni la subvención á las necesidades nuestras pueden hacerse por nosotros solos. Somos incompletos, estamos trunco, no existimos propiamente como individuos, siempre que nuestra razón, nuestro organismo ó nuestros medios de subsistencia no basten al desempeño de todas las funciones que la naturaleza y por lo mismo la sociedad, que es nuestro estado natural, quieren que desempeñemos. No, no hay individualismo, siempre que haya de hacerse por dos ó más la función que debiera cumplirse por uno solo, porque la acción y su impulso ó resorte están divididos. Las naciones tampoco pueden serlo, ni aún merecen el nombre de tales, siempre que para los altos destinos que les están encomendados tengan que valerse del auxilio ó complemento de otras. Por el contrario, cuando un cierto número de condiciones se ha cumplido, la dependencia deja de existir: el individualismo se establece en el justo grado que se necesita para la libertad: la nacionalidad se proclama por unos y se reconoce por otros: la nación y el hombre han puéstose en la senda de su relativa é indefinida perfección.

El 16 de Septiembre de 1810 comenzó la

Nueva España del modo ostensible y oficial que conocemos la serie de actos por la cual en 1821 había de terminar su menor edad, verificando su emancipación. La independencia por tanto tiempo ansiada, la independencia que se hallaba, si no formulada en los labios de todos los mexicanos, sí sentida por todos los corazones: la independencia que los más nobles instintos revelaban á los hijos de Coautimoc y de Cortés se inicia por uno de esos hombres singulares que la providencia sabe elegir, se sostiene con todo género de sacrificios y heroísmo, y se consume para gloria de los que la emprendieron, y bien y provecho nuestro. Muchas veces, en este día de sagrados recuerdos, se os ha dicho esto, Señores. Yo me limitaré á manifestaros: que si continuamos en la senda fatal en que nuestras discordias nos han metido, se acaba el gran bien de nuestra independencia; y procuraré hacerlo sencilla y tan brevemente como pueda, cuando honrado con la comisión de hablaros y aceptándola, á pesar del estado de mi espíritu, porque en favor del objeto tendreis indulgencia, os la pido para lo que voy á deciros.

El mismo hombre que, avanzando en edad, aprenda, trabaje y economice, irá presentando en solo su desarrollo, á medida que crezca y adelante, los varios grados de independencia que necesita para adquirir la plenitud de su libertad y llegar á ser ese rey de la tierra, que

libre y espontaneamente hace ó no el bien, y merece por ello el premio ó el castigo.

Observadlo, Señores, desde antes de que nazca: ni para alimentarse ni para moverse tiene voluntad. Por un asombroso mecanismo fisiológico se nutre sin quererlo ni saberlo; pero apenas nacido, ya busca ó rechaza el alimento que le presenta la madre, ya abre ó cierra los ojos, ya extiende ó no los miembros, ya calla ó llora, ya se irrita ó se apacigua: en una palabra, apenas rompe la placenta cuando comienza su independencia y por ella su libertad.

A medida que crece, se aumenta ésta: ya no necesita andaderas, ya come y se viste por su mano, ya comienza á buscar las recompensas y evitar los castigos, ya siente los desvelos de la más poderosa de las pasiones, ya desea fundar una familia nueva.

Pero necesita del apoyo y consejo del padre ó de quien lo representa, pero no puede disponer de todo su tiempo, no puede entregarse á los ejercicios ó á los placeres que lo atraen, no tampoco gastar dinero que no tiene, porque ha de sujetarse á aquel por cuyo trabajo vive ó por cuya sabiduría se gobierna.

Vedlo crecer, aprender el arte difícil de la vida, seguir una ocupación, hacerse hábil en algún ramo y vedlo también, conforme continúa su desarrollo, irse emancipando de todas las dependencias, sin consentir otras que

las de la razón ó de la ley, cuando ha llegado á la plenitud de su ser.

Luego que del individuo se pasa á la familia, á la tribu, á la nación, las condiciones del progreso se modifican un poco; pero esencialmente quedan las mismas. El saber, condición imprescindible, se necesita en todos los grados de sociedad, como en todos los individuos; pero se ha menester en mayor escala. Saber en una ciencia, una ocupación, un arte, un oficio bastan al hombre: más artes, ocupaciones y oficios necesita la tribu, más oficios, artes, ocupaciones y ciencias exige una nación. En aquello en que el hombre llegó á adquirir habilidad no pide el consejo de otro, ni es sobre los puntos que sabe sobre los que necesita dirección. Y es tan poderosa la dependencia del saber, que los hombres más eminentes se sujetan gustosos al más humilde artesano, cuando se trata de puntos de la profesión de éste, tan poderosa que, cuando uno de los canes de Tartaria llegó á subyugar el colosal imperio de la China, se vió á los conquistadores sujetarse espontáneamente á las leyes y costumbres de los conquistados, porque las encontraron más sábias.

No era la Nueva España de 1810 tan ignorante como hubiera convenido á la España. Muchos de sus hijos sabían tanto como los de la madre patria los oficios, las artes, y en las ciencias cuanto entonces conocía la raza castellana sobre derechos y deberes. Y el co-

nocimiento de éstos despertó la natural aspiración de practicarlos. Largos años de esa paz sepulcral que solo parece conservarse porque ni el opresor tiene ya baldón que agregar al oprimido, ni la sensibilidad de esta fibra que no esté embotada, ó..... acaso más bien..... de esa quietud que produce el entorpecimiento de las potencias, cuando los instintos animales se ejercen á satisfacción de los sentidos, habían vuelto indiferente para muchos, y hasta querida de algunos, la opresión que sobre nuestros padres se ejercía.

No pudo sin embargo la vida de la inteligencia posponerse en todos á la animal: los que entre nosotros representaban aquella, encontrándose iguales á sus opresores, en cuanto al saber, se veían humillados en todas sus posiciones, se sentían muy superiores á ellos por la justicia de sus aspiraciones; y este mismo brío que da la convicción de la propia justicia no se debe sino al cultivo del entendimiento que la hace conocer, á la depuración de la voluntad que la hace amar.

El número de los opresores era en 1810 mayor con mucho que de los oprimidos, respecto á la proporción en que unos y otros se encontraron en 1520; pero los elementos artificiales de poder eran inmensurablemente mayores por parte de nosotros cuando en el pueblo de Dolores comenzaron á ensayarse. Recursos mentales, recursos artísticos, recursos financieros estaban en Nueva-España

en mayoría de nuestra parte; y sin la desgracia de que nuestros primeros movimientos alarmasen á las gentes pacíficas por los inevitables desórdenes que los acompañaron, la independencia de México no hubiera estado á discusión entre nosotros durante once años, sino que se habría efectuado desde los primeros meses.

Ruborizado de ello, tengo que recordar, que á los fundadores de nuestra nacionalidad se les ha llamado á la barra de la historia, de dos años a esta parte, para que respondan de su conducta. ¡El benefactor llamado á juicio por el beneficiado, para que explique por qué no hizo el beneficio del modo que éste lo entiende, y cuando el beneficiado mismo se opuso á que se hiciera mejor!...

¿Sabeis, Señores, por qué es tan común la ingratitud? Sí, lo sabeis sin duda; mas permitidme recordároslo. El beneficio convierte al que lo hace en superior de quien lo recibe y tal superioridad humilla el amor propio de éste. Se necesita un fondo generoso, una gran veneración por la justicia y cierta abnegación para reconocer todos los beneficios y confesarlos en toda su magnitud. Nada más común en el ingrato, que discutir si es un bien el que ha recibido, ó atribuirlo á innoble origen ó deprimir por cualquier otro pretexto al bienhechor.

Hay quien cuestione, si la independencia es un bien: sujetadlo á la voluntad de un extraño; no discutais con él. Hay quien cues-

tiona, si la independencia de México fué un beneficio para nosotros. Decidle que no, si es de los que apetecen un amo, porque éstos lo necesitan: no se sienten capaces de obrar por sí, se reconocen pupilos, confiesan que aún no son hombres. Hacedlos depender del rey su amo. Pero quien quiera que comprenda la palabra sagrada de patria, quien quiera que para sí ó los suyos desee la libertad y dignidad propias, no querrá sin duda humillar su noble frente ante el capricho de un déspota extraño, representado por insolentes é inmorales favoritos. Bajo los reyes no hay patriotismo, sino fidelidad al soberano; no hay ciudadanos, sino vasallos, no hay patria: *el Estado soy yo*, dijo uno de los más notables déspotas, resumiendo el espíritu de las monarquías.

Y cuando á alguno veais que teniendo patria ultraja á esta santa madre, que abusando de funestos talentos, los emplea en desacreditar y maldecir á sus padres, que desconociendo su origen oscuro y plebeyo quiere alzarse á mayores y reniega su humilde prosapia, compadecedlo ó despreciadlo. No es sin duda esa virtud que todos han venerado y se llama patriotismo, la que da inspiración á sus labios ó á su pluma. Se rie ó se lamenta de tener madre, y tampoco es sin duda por la nobleza de sus sentimientos ó por la elevación de su espíritu por lo que se complace en deprimirla y volverla despreciable á los ojos de sus hermanos y de los extraños.

Califica de preocupación el patriotismo y á expensas de tan honorable sentimiento, á expensas de la patria, abstracción demasiao sublime y generosa para que él la alcance, satisface su orgullo de crítico y su vanidad de parlante. Os lo he dicho ya: compadecedle ó despreciadlo.

Mas si encontrais con personas que tengan ese pudor que hace ocultar los defectos de la familia propia, que no piensen en ser *imparciales* cuando se trata del padre ó de la madre, que tengan corazón para agradecer, no dudeis en decirles, que la independencia fué para Méx'co un bien tan grande, tan grande, como no puede tener otro mayor, puesto que á él debe su existencia política.

Sí, fué un bien que os debemos, justamente llamados *Padres de la Patria!*, por vuestra sagaz prevision, por vuestro valor indómito, por vuestra heróica constancia, por vuestra abnegación sublime tenemos patria! Si algún esclavo bendice á su dueño, ¿por qué nosotros no hemos de bendecir á nuestros padres? Se os acusa, heroes queridos! de haber empleado los únicos medios que en vuestra mano estaban; se os acusa de no haber sabido lo que hoy se sabe; se os acusa de los abusos cometidos en vuestro nombre; y se blasfema de la providencia, suponiendo que en un suceso que cambió la faz del mundo, obrasteis contra sus designios justos, os opusisteis á su voluntad omnipotente, triunfasteis de sus decretos eternos. ¡Descansad en su seno!

¡Compadeced estos delirios! y si para mengua nuestra contaís algunos ingratos entre vuestros propios hijos, contad también con las bendiciones de todos los hombres generosos en todos los países y en todos los siglos á que llegue vuestro nombre.

Pero algunos dicen, que sin negar que en sí misma la Independencia sea un bien, ningunos otros ha producido. Si suponemos por un momento, que semejante absurdo fuese cierto, por más que lo desmientan las ciencias, las artes, la industria en todos sus ramos, el comercio, las comodidades de la vida, la simple comparación del número de los que hoy las disfrutan con el de los que las gozaban antes, de los productos actuales con el de nuestros antiguos artefactos, ¿sería culpa de nuestros heroes, si en más de treinta años no hemos sabido aprovechar sus sacrificios? ¿Debe increpárseles porque creyeron que llegaríamos, nosotros sus hijos, nosotros su orgullo y esperanza á ser hombres y cuerdos, mientras la conducta nuestra ni ha sido ni es sino la de niños grandes ó de insensatos?

Y en efecto no ha sido cordura, no tanto ya desperdiciar los años y la riqueza pública en diversos ensayos de gobierno y administración, cuanto lo será que del todo perdamos la lección última que el triunfo de los Estados Unidos sobre nosotros debió darnos. Una vez idos nuestros vecinos. ¿Qué pedía la prudencia? Que los males reconocidos se remediaran, que los futuros se preca-

vieran. Comenzamos apenas la obra. ¿El ejército era demasiado numeroso é indisciplinado? pues debía disciplinarse y reducirse el ejército. ¿Sus altos grados habían sido invadidos por personas indignas y prodigados por inmorales mandarines? pues debía cegarse la fuente de estos abusos. Los extraviados gastos del gobierno general habían superado en tanto los recursos públicos, que no solo se agotaron todos los bienes nacionales, sino que las generaciones venideras se gravaron con una inmensa deuda; se redujeron los gastos hasta costar nueve millones toda una Administración central que en algún año, para el ramo solo de guerra, presupuso más de veintiun millones..... la deuda se redujo y aun parte se puso en vía de pago. Diga lo que quiera la pasión. ¿Ha habido en nuestros anales época más económica ni menos sangrienta que la del último lustro? ¿La ha habido que en su conjunto presente más tendencias á morigerar la Administración?

Pero esto no ha bastado para el ansia con que este pobre é impertinente enfermo quiere volver á plena salud. Comenzaban á cicatrizar las heridas más peligrosas y cuando debiera ponerse la manó sobre tantas como faltan que curar, murmuraciones que al principio se veían con disgusto por todas las personas sensatas que conocen la lentitud de esta especie de convalecencia, fueron gradualmente haciendo perder la confianza, aumentando los desaciertos y el disgusto, y de sim-

ples aspiraciones al *mejor estar* se convirtieron en críticas ciegas y apasionadas del *estado actual* y han despertado la discordia que por unos cuantos meses parecía aletargada entre nosotros.

Desgraciada República, prepárate para la que acaso será la última de tus locuras! subdividida la inteligencia casi en tantas opiniones como hay cabezas que piensen, la inteligencia, primer poder del hombre y de la sociedad, se halla como diluida [permitidme la expresión] en tantos pareceres diversos: no hay por lo mismo opinión, no puede crearse un espíritu público, porque no hay una fe uniforme.

La fuerza dividida igualmente y desorganizada piensa resolver por la desolación y el exterminio una cuestión que aún no se formula, un problema cuyos datos aún no se completan por parte de los insurrectos. Los que van pronunciándose piden; pero ni saben qué, y si algo piden tan solo es para que los incautos crean que hay motivos para pedir con las armas.

La riqueza acumulada por el sudor é industria de los particulares, desviada del tesoro común la parte que á él debía entrar por la inmoralidad y la ineptitud de algunos, va casi á consumirse en gastos no solo improductivos, sino destructores y ruinosos.

¿Qué va á ser de tí, pobre México, cuando están desquiciados los elementos de tu poder é independencia, y cuando en el vértigo

de las pasiones, tus mejores hijos van á desgarrar tus entrañas? Cuando en nombre los unos de la libertad y los otros del orden [como si ambas ideas no fueran compatibles] van á agotar tus fuerzas para entregarte postrada á los piés de tu ambicioso y prepotente vecino!

¡Dios mío! Dios mío! Si el arrojado Hidalgo, si el genio de Morelos, si el indomable valor y ejemplar constancia de tantos de nuestros heroes solo han de servir para que por contraste nuestra conducta parezca más ignominiosa: si la sangre vertida y las destruidas riquezas solo han de ser un medio para que nuestra raza pierda su nombre y la anglo-americana se enseñoree de nuestro territorio, haciéndonos perder nuestro culto, nuestra libertad, nuestra lengua, nuestra historia, destrúyenos, destrúyenos, Señor, antes de que nos volvamos más indignos de tí!

¡Oh Patria mía! Si ha de ser infecundo el trabajo de tus fundadores, si han de volverse estériles la resolución que tantos tenemos de morir antes que infamarnos y la preferencia que, como el Historiador romano, damos á una peligrosa libertad, sobre una esclavitud abyecta, haz que las cimas de tus extinguidos volcanes estallen en general conflagración, que el Atlántico y el Pacífico se unan por encima de nuestras cordilleras, que nuestro continente se hunda como la célebre Atlántide y que ni escollos dejen sobre el

Oceano que hagan recordar nuestra infamia y tu deshonra!

Dispeasadme, Señores. Yo no debí mirar el lúgubre horizonte de nuestro porvenir en un día como este, que debe ser de júbilo, de congratulaciones y grata remembranza. Pero el espectro de la perdida Patria se ha presentado ante mis ojos y no he podido reprimir mi conmoción.

¡La Patria está en peligro! La Patria está en peligro! La Patria está en peligro! Pero unidos lo conjuraremos. Es hablando, no matándonos, como habremos de entendernos. La flecha mortífera del salvaje y el lápiz calculador del Yankee nos amenazan por todas partes. ¿Habremos de facilitarles su presa con nuestra lucha fratricida? En nombre de nuestra religión, de vuestras familias, de vuestra dignidad, de vuestros intereses todos, os ruego que permanezcáis unidos! En nombre de todos nuestros recuerdos y aspiraciones de honor y de gloria!

¿Queréis ser independientes? Aprended, trabajad, economizad. ¿Queréis que México lo siga siendo? ¡Unios!

Morelia, Setiembre 16 de 1852. (1)

(1) El Sr. Lic. D. Eduardo Ruiz, liberal de convicciones firmes, dice, refiriéndose á este discurso:

"Estábamos en ese día confundidos entre los alumnos del colegio civil que asistían al acto oficial; vimos levantarse del sillón al insigne patricio, que subió á la tribuna y quedó frente á frente del retrato de Hidalgo. ¿Qué simpática relación habrá entre esas dos

grandes figuras de nuestra historia? No nos la explicábamos entonces, pero nos parecía que las palabras de Ocampo hallaban una acogida protectora en la imagen del venerable anciano de Dolores.

"El discurso del orador causó profunda sensación en el Estado. Todavía hoy se citan sus palabras solemnes, sus frases sentenciosas y la energía del estilo. Pintó á grandes rasgos el cuadro sombrío de la situación, expuso los peligros en que se veía envuelto el porvenir y conjuró al ángel de la unión para que cobijara con sus alas al gran partido liberal. Estaban húmedos los ojos del tribuno, y la emoción arrancó lágrimas á los oyentes que se dispersaron silenciosos, agobiados de la más profunda tristeza. No queremos pasar desapercibido que entre éstos se hizo notar el rector del colegio Seminario, D. Pelagio Antonio de Labastida, á quien la opinión pública suponía uno de los directores de la revolución en Michoacán." (Nota de A. P.)



DISCURSO

Pronunciado el 16 de Septiembre de 1858. (1)

POR urbanidad y por gratitud á las personas que me han distinguido encargándome de contribuir á una festividad como esta, tengo hoy que decir algo en público, á fin de que conste siquiera mi buena voluntad de hacer lo que me sea posible. Creo también un deber mío, propagar mis convicciones. Pero..... ¿qué diré?

Venir á explicar ahora que la independencia de México entraba en los designios de Dios, y que, puesto que los heroes que nos la procuraron fueron sus elegidos y merecieron tal calificación de heroes, debemos honrarlos y

(1) El título primitivo de esta pieza literaria es como sigue: "Discurso pronunciado en la Alameda de la H. C. de Veracruz, la tarde del 16 de Setiembre de 1858, por el C. Melchor Ocampo, Ministro de Gobernación. Mandado imprimir por la junta patriótica de la misma Ciudad." (Nota de A. P.)